

LOS QUE NO VIERON AL NIÑO

POR VICENTE ESCRIVA

"Y una gran estrella fulguró en la limpidez de los espacios..."

ANOB, EL CIEGO Por cuarta vez, a la otra parte de la hoguera, se oyó la voz dura del viejo dirigiéndose a Etam:

—Ve, y dime si el rebaño está tranquilo. Etam se levantó sin gruñir, aunque tenía motivos sobrados para hacerlo, y salió de la choza.

Cuando el ciego escuchó por cuarta vez el rozar de la paja sobre los hombros del hijo, sintió reblandecerse el ánimo. "Tal vez debí mandar a otro", pensó. Pero Etam tenía la sangre pronta, y aquella mañana habían discutido los dos sobre si debía ser él, y no su hermano, quien llevara a Jerusalén las reses destinadas al templo. Sí. Etam necesitaba mano dura. No estaba mal que se ejercitara en la obediencia.

Etam ni siquiera miró las ovejas. Sólo pensaba en la injusticia del padre y también en su hermano Abdiel, a cubierto del frío, gozando en Jerusalén de la gran fiesta. Tan embebido estaba, que ni siquiera veía las hogueras sobre los cerros. Ni los caminos blancos. Ni las torres de Belén. Ni las otras ovejas, ni nada. "Etam, ve y dime si el rebaño está tranquilo." ¡Eso, eso es lo que escuchaba!

Cuando volvió a la choza, alzó los ojos un momento temiendo que el viejo le preguntara por el tiempo. Entonces vio la estrella. Estaba arriba, muy cerca. Como un queso grande de plata, centelleando, brillando sobre el cielo. Le pareció que venía directa sobre él y que sonaba como mil cítaras, como mil arpas, como mil rabeles. Y no pudo más que gritar para que le oyeran los de dentro:

—¡Padre Anob! ¡Padre Anob! ¡Mira qué gran estrella! Ya no dijo más, porque el resto de lo que quería decir lo cantaban jubilosos los ángeles:

—¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! De las voces humanas, aterradas, mudas, pegadas contra el suelo de la choza, sólo se oyó la voz de Anob el ciego.

—¡Bendito el Señor Dios de Israel! El primer ángel respondió con voz clara:

—¡Id, que os ha nacido el Mesías. Lo hallaréis recostado en un establo. Luego, la noche de Belén se llenó de un batir de alas celestes. Y los caminos, de gentes que buscaban ansiosas el establo. Se quebró la quietud virginal de los campos. Arriba, sobre las montañas, los pastores con sus villancicos. Abajo, casi a ras del suelo, el clamor de los ángeles dándole a sus *Hosannas*. Y la estrella, corriendo con prisa hacia el portal. Y el cielo, apretándose para caber en la tierra. Todo revuelto, sin norma, sin equilibrio, sin medida. Y Dios, achicándose cada vez más, achicándose... Tan pequeño ya, tan hecho hombre y desvalido, que temblaba sobre el heno del establo, como cualquier mortal.

Etam lo vio. Lo vio como lo vieron todos. Todos, menos Anob el ciego, que braceaba lleno de cólera, pidiendo a los suyos cuenta del prodigio. Su voz era la única que se oía en el portal.

—¡Etam!—clamaba pegado a la zamarra del hijo—. ¿Cómo es? ¿Cuántos servidores le guardan? ¿Cómo es la túnica y el cetro? ¡Habla! ¿Por qué callas ahora?

Etam, lleno de una gran piedad hacia el ciego, le repetía quedamente:

—¡Si lo pudieras ver! ¡Si pudieras ver el portal con la estrella...! ¡Seguro que no echarías de menos la túnica y el cetro!

—¿No tiene cetro? ¿No tiene cetro?—gemía consternado Anob—. Entonces, ¿cómo sabéis que es el Mesías? Cerciórate bien, hijo, cerciórate.

Fué entonces cuando Etam mintió por vez primera a su padre.

—Ahora veo lo que dices. Dobra conmigo la rodilla.

—¡Lo ves, lo ves!—sonreía complacido el ciego—. Llévale la leche y la cántara de miel. Llévasela tú mismo.

Etam se levantó y se acercó al pesebre. Cuando dejó la cántara en el suelo, miró al Niño y pidióle perdón en silencio. Jesús parecía sonreírle, mientras fuera se oía la voz de Anob el ciego:

—¡Bendito, bendito el Señor Dios de Israel! Estaba solo. De rodillas. La luz de la estrella le bañaba las pupilas secas, pero él no alcanzaba a verla. Como la túnica, como los servidores, como el cetro.

SIMON, LLAMADO PEDRO Con mejor suerte, las luces de Cafarnaúm, brincando sobre el lago,

le hubieran parecido a Andrés muy distintas. Así apenas le decían gran cosa. Sus manos le preocupaban más. Sus manos, que el viento de diciembre, después de recalar en la vela, cortaba una y otra vez duramente. Miró a Simón, su hermano, derrumbado sobre la escotilla, y tornó a sentir por él una gran lástima. Durante diez días había estado pidiéndole al padre salir por cuenta propia a la mar. Jonás, el patrón, apenas se dignó escucharle. "Halaga al hijo—le contestó—, y te hará temblar luego. Juega con él, y te llenará de pesadumbres." Y no hubo forma de sacarle más.

Pero está escrito que es el hacha la que mella el tronco, y Simón era terco, con la cabeza dura como el hierro, y el padre, por muy patrón de barcas que fuera, tenía que acabar ablandándose.

—Ahora, Andrés—le gritó aquella mañana Simón cuando zarparon—, que el Señor nos dé un poco de suerte.

Andrés sabía por qué hablaba así su hermano. Con la barca llena, su boda era segura al retorno, y no habría más que esperar. Por eso, al verle ahora abatido después del fracaso, sentía por él aquella compasión. Por eso le importaban tan poco las luces de Cafarnaúm. Por eso renegaba de sus manos.

Y, a pesar de todo, le cegó el resplandor de la estrella. Tenía que cegarle a la fuerza, porque el lago devolvió su fulgor como un espejo. Pero también miraba esto Simón y seguía sin levantar cabeza del madero.

—¡Hermano!—le gritó—. ¿Qué luz extraña es ésta?

—No sé—respondió Simón incorporándose pesadamente—. Tensa la vela.

—Recuerda lo que dijeron en la sinagoga—insinuó Andrés—. Estamos sobre el tiempo de las profecías. Puede ser un prodigio del Señor. Coge los remos y volvamos de prisa a Betsaida.

Simón no se movió. Las palabras de Andrés le turbaron un poco, pero siguió mirando la estrella que se inclinaba ligeramente hacia el sur.

—¡Recuérdalo, Simón! A la otra parte del Jordán—dice el profeta—está la Galilea. Sobre ella vendrá una gran luz e iluminará a los que la habitan. ¡Puede ser ésta, hermano! ¡Bien puede ser ésta!

Simón permaneció mudo unos instantes, como si en su cabeza no encontraran lugar tantas palabras juntas. Después alzó sus ojos a la estrella y los tornó a la superficie plateada del lago. Algo se le revolvía en su interior, desconocido para Andrés. Al fin respondió pausadamente:

—Ahora tuerce el timón y volvamos adentro. Si esta claridad es del Señor, como dices, vamos a aprovecharla, puesto que El nos la envía. Al fin, ¿qué tenemos que ver tú y yo con el tiempo de las profecías? Esto es lo nuestro, y Dios lo sabe bien, que nos hizo para pescadores.

Después cogió los remos y los hundió en el agua. Miró otra vez la estrella, pero ésta no le decía nada.



JUAN, EL PRECURSOR Cuando el niño rechazó el pecho por sexta vez, el corazón de Isabel se llenó de grave sobresalto. Era la noche de Kisleu, y su marido oficiaba en el templo; por lo tanto, no podía ayudarla ni darle consejo. Dejó el niño en la cuna y sentóse a su lado, sin saber qué hacer ni qué decir. Una azul claridad—la de la estrella—llenaba las paredes de la estancia. Isabel pensó en las grandes luminarias de la fiesta y ajustó la esterilla de esparto por si las luces de Jerusalén inquietaban al niño. Pero Juan seguía con los ojos abiertos mirando a la ventana, como si allí estuviera la razón de todo. La mano de la madre se posó sobre la frente del pequeño. La frente estaba fresca, tal vez demasiado para un niño tan robusto como el suyo. Y aún se desconcertó más. Pensó en marchar al templo con el



JARIM, EL DE LAS CRUCES La noche del veinticinco de Kisleu, fiesta de la Dedicación, parecía el cielo de Jerusalén, con las hogueras, un ascua de oro. Esto lo pensaba Jarim, hijo de Bared, cuando, al pie de la torre Antonia, cargó la pesada cruz sobre el jumento. Luego se dejó estar de fantasías, y perdióse junto a los muros. Aún tronaba la voz del Decurión:

—¡Mañana al amanecer!

Jarim espoleó a la cabalgadura renegando de su perro oficio, de la insolencia de Roma, y de su padre, que le privaba aquella noche de divertirse con sus compañeros. Jarim tenía dieciocho años, la ciudad se estremecía en fiestas, y al mozo le parecía injusto tener que subir la cruz al Gólgota cuando el reo podía subirla muy bien. Y no era sólo esto. Otras noches, su trabajo quedaba oculto a los demás. Las gentes no se paraban a pensar quién llevaba ni traía las cruces cuando éstas se alzaban sobre el monte. Pero ahora tenía que abrirse paso entre una multitud de curiosos que le asaeteaban con sus bromas:

—¡Jarim! ¿A quién cuelgas mañana?

—¡Jarim! ¡Dile a tu padre que la calce bien!

—¡Jarim! ¡Que no os suceda lo de hace unas semanas!

Jarim esto... Jarim lo otro... Al pasar por una calle abovedada, un joven rabino se recogió el manto, dando muestra de escándalo. Más lejos, el potro de un romano levantóse de manos, asustado. ¡Buen oficio para no cosechar más que disgustos!

Cuando dejó a sus espaldas la muralla, comenzó a sentirse más tranquilo. Tal vez su padre le dejara libre si acababan pronto, y entonces aún podría participar de la fiesta. Miró hacia arriba, hacia el cerro de la muerte, y le pareció aquella noche distinto. Su calva, descarnada como una carroña, semejava más blanca que nunca. "Todo es distinto esta noche—pensó—. Las hogueras lo desfiguran todo."

Bared, su padre, le esperaba. Tenía ya cavado el hoyo, con las piedras a punto; pero, al poner la cruz, ésta se doblaba un poco hacia la izquierda. La sacaron de nuevo. Bared volvió a coger las herramientas, mientras Jarim, sin disimular su disgusto, sentóse sobre una gran roca mirando fijamente la noche. Su padre le sacó de su abstracción.

—¿Qué?—le dijo, bromeando—. ¿También a ti te ha chocado la estrella?

Jarim no respondió. Ni miró la estrella tampoco. Andaba eligiendo las palabras para soltar lo que le bullía por dentro.

—Padre—dejó caer al fin—. Hay mejores oficios que éste en la ciudad. Mañana buscaré otro nuevo.

La risa de Bared se extendió por el Gólgota.

—¡Bah! ¿Esas tenemos? Lo mismo dije yo a tu abuelo, y aquí estoy, como tú estarás, andando el tiempo. ¿De qué te quejas? Nos pagan bien. Y éste es oficio que permite andar con la conciencia a gusto. Piensa que aquí no colgarás nunca a ningún santo.

Jarim no contestó. Aquella noche estaba contra su padre. Miró allá lejos la estrella y le pareció como todas. Pero no era suya la culpa. Las mil hogueras de la ciudad se le metían por los ojos y tapaban con su fulgor sangriento la noche blanca de Belén.

ILUSTRACIONES DE JUAN ANTONIO MORALES

